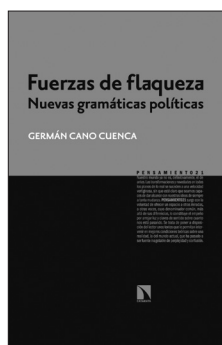


# Una perspectiva filosófica de la política

Luis Arenas



Germán Cano, *Fuerzas de flaqueza. Nuevas gramáticas políticas*, Madrid, La Catarata, 2015.

I

Es difícil salir airoso del reto de escribir filosofía en la vertiginosa vorágine que arrastra al militante comprometido. Por eso es sorprendente que en ese magma vital e histórico tan acelerado en que podemos suponer a su autor –uno de los firmantes del manifiesto «Mover ficha: convertir la indignación en cambio político» que daría lugar con el tiempo a Podemos–, este libro haya sacado *fuerzas de flaqueza* y haya conseguido evitar el peligro de que la inmediatez de lo cotidiano, del análisis de situación a corto plazo, de la táctica diaria en la guerra de posiciones que implica la batalla política, degluta la

tensión y la paciencia que exige el lento trabajo del concepto. Tratar de hacer filosofía en la vorágine de tiempos tan veloces como los que vivimos no es fácil: el filósofo ha de medir bien la distancia para que su discurso evite sobrevolar la realidad desde la actitud olímpica e intemporal más propia de la *philosophia perennis* que de un pensamiento comprometido con su presente y *al mismo tiempo* debe sortear la amenaza de que sus análisis arrastren la caducidad que acompaña al periódico de ayer, aquel que cantaba Hector Lavoe: «sensacional cuando salió en la madrugada / a mediodía ya noticia confirmada/ y en la tarde materia olvidada». Sinceramente, no es ese olvido el destino que mere-

cería un libro como este. Y ello a pesar de que a veces pareciera escrito como cuaderno de notas de un viaje aún en curso, como apuntes urgentes tomados con plena consciencia de su provisionalidad pero, donde a pesar de todo, se percibe la vocación de asentar algunas ideas que merecen sortear la caducidad y el vértigo de los tiempos y ser discutidas en profundidad.

Su autor, Germán Cano –profesor de la Universidad de Alcalá de Henares y uno de los más destacados pensadores de su generación–, tiene a sus espaldas un sólido prestigio académico construido sobre un paciente y minucioso conocimiento de la obra de Nietzsche, de quien ha traducido el legado más significativo de su obra. De ese íntimo trato con Nietzsche proceden, además, parte de su temprana producción como autor: *Como un ángel frío: Nietzsche y el cuidado de la libertad* (Pre-Textos, 2000), *Nietzsche y la crítica de la modernidad* (Biblioteca Nueva, 2001) y su *Diccionario Nietzsche* (Biblioteca Nueva, 2012), que puede considerarse la recapitulación final de más de una década de trabajo sobre el autor de Zaratustra, de quien se ha revelado como uno de los mejores especialistas en la actualidad.

En los últimos años, sin embargo, se percibe un claro desplazamiento a otros territorios desde los que esa crítica radical a la modernidad que arranca con Nietzsche pueda continuarse por otros derroteros. Los referentes intelectuales de Germán Cano han ido ampliándose (siempre en paralelo con su labor como traductor) a otras figuras decisivas del pensamiento con-

temporáneo como Foucault, Adorno, Lacan, Sloterdijk, Honneth, Žižek o Eagleton, entre otros. A ese respecto, un visible hilo conductor une el libro que reseñamos, *Fuerzas de flaqueza*, con otro anterior del autor: *Adoquines bajo la playa. Escenografías biopolíticas del 68* (Grama, 2011). En cada uno de ellos se recorren dos escenarios que marcaron los puntos de inflexión para el modo de entender la práctica política de sus respectivas generaciones: el Mayo del 68 y el 15M del 2011. El *quinismo* que –retomando el concepto de Sloterdijk– se reivindicaba en *Adoquines* puede ser leído retrospectivamente como una suerte de *profecía autocumplida*: allí se apostaba por reconstruir el vínculo entre conocimiento y acción que la perspectiva cínica se encargaba de escindir y por arrojarse de lleno a una situación a sabiendas de la contingencia e imprevisibilidad que amenaza toda verdadera inmersión en lo real; en *Fuerzas de flaqueza* la reflexión se proyecta sobre el reflujo, aun provisional, de eso que el libro de 2011 parecía estar anticipando como horizonte de deseo: una transformación radical y decisiva del campo de fuerzas en juego en lo conceptual y en lo político. Allí como aquí, Hegel constituye la compañía que parece haber desplazado (quién sabe si sólo momentáneamente) a Nietzsche.

## II

Porque, en efecto, atendiendo al pasado formativo del autor, no es una paradoja menor el hecho de que alguien que empezó su andadura filosófica de la mano de Nietzsche hoy sin embargo

reivindique «la curtida perspectiva del siervo» frente a la mirada del señor. Esa y no otra pareciera ser la hipótesis central del libro que reseñamos expuesta de un modo sumario: «No hay impotencia que no esconda bajo sí la promesa de su propia redención». O –si queremos evitar el lenguaje soteriológico de resonancias cristianas– cabría decirlo spinozianamente: «Nadie sabe lo que pueden muchos cuerpos (apaleados, humillados, derrotados) cuando deciden compartir sus miserias en lugar de rumiarlas con resentimiento».

Pero más allá de su mera enunciación, todo el asunto consiste en saber si esa hipótesis – como hipótesis específicamente *política*– se verifica más allá del lugar que constituye su fuente originaria subjetiva (su *contexto de descubrimiento*, podríamos llamarlo), que no es otro que la experiencia del 15M, de la que el autor se ocupa profusamente en el capítulo 2. En efecto, la inmensa fuerza que invadió las plazas «el año que vivimos peligrosamente» (por decirlo con Zizek) fue justamente esa: la que surgió del inesperado y feliz encuentro entre una multitud que compartía humillaciones, heridas, miedos e inseguridades y que, sin embargo, descubrió que no estaba sola, que su hartazgo era compartido, que el prójimo con el que no había tenido tiempo u ocasión de pararse a hablar entendía perfectamente la experiencia de ese dolor ahora *socializado*. Y sobre todo, que no estaba dispuesta a dejar que todo ese malestar se convirtiese en mero rencor e impotencia.

Todo eso es cierto. Como es cierto que un halo de simpatía arropó al 15M

incluso por parte de una población que, en su mayoría –no lo olvidemos–, se mantuvo a una prudencial distancia de seguridad de lo que allí sucedía. Ahora bien, la hipótesis que confía en la potencia política transformadora de una «subjetividad plebeya» –otro nombre para señalar eso que también se nombra en otros contextos como «populismo»– no debe olvidar que su salto a lo institucional se hace en un entorno muy diferente al que dio origen a los populismos latinoamericanos.

A diferencia del latinoamericano, nuestro entorno social, por castigado que haya sido con la crisis –y lo ha sido mucho–, no está aún en una situación en la que «no tenga otra cosa que perder que sus cadenas». Muy al contrario, una de las posibles fuentes del malestar que se concentró en las plazas del 15M –aunque desde luego no la única–, tenía que ver con la queja indignada ante un incumplimiento de contrato. De un cierto contrato social, pero contrato al fin y al cabo: el contrato que las élites europeas habían firmado desde los años cincuenta con las clases populares bajo la idea de un Estado de Bienestar.

La crisis económica de 2008 –a la que en España se sumó una crisis de legitimación política sin precedentes– vino a poner en claro para el grueso de la población algo que era evidente para los *connoisseurs* hacía mucho tiempo: que el Estado de Bienestar, sin que apenas nadie lo notase, se había convertido en un muerto viviente, en un zombi: algo aparentemente vivo y en funcionamiento, cuyas inercias le

hacían seguir caminando pero cuya sustancia vital última había sido arrebatada y estaba ya muerta a partir de la irrupción del neoliberalismo en los años setenta y ochenta. Para cuando quisimos darnos cuenta, el neoliberalismo ya había hecho su silencioso pero constante trabajo de zapa al calor de diversas burbujas que prometían que la fiesta no acabaría jamás. El huracán de la crisis lo único que hizo fue arrancar a jirones los pedazos de una carne que se sostenía por pura inercia en un zombi ya sin vida.

### III

No debemos subestimar la eficacia con la que el paradigma neoliberal conquistó y colonizó nuestras conciencias mientras que la retórica legitimatoria que soportaba al sistema seguía siendo la del Estado del Bienestar: la protección social en el marco de una economía de mercado. El neoliberalismo pronto entendió que colonizar las conciencias era el primer paso para poder conquistar el resto del cuerpo y someter esos cuerpos a las exigencias biopolíticas de esos nuevos sujetos que exigía un turbo-capitalismo ya sin resistencias significativas. Y así, con la impagable complicidad del discurso postmoderno dominante –impecablemente progresista en su factura, todo sea dicho–, las nuevas generaciones que crecieron al calor del triunfo del discurso neoliberal pronto vieron los valores de la generación de sus padres como el residuo de un mundo atrasado del que España por fin podía desprenderse sin melancolía. La solidez

de ese mundo de nuestros mayores que empezaba a quedar atrás –hecho de paciente trabajo, de rocoso sentido común y de una austeridad que aún no había adquirido las connotaciones que ha acabado teniendo– se presentaba ante los nuevos tiempos que corrían como un pesado fardo del que había que deshacerse lo antes posible.

Reconozcámoslo: el triunfo del neoliberalismo lo fue por goleada. Se impuso no solo en lo económico, sino también al convertir en sentido común de la época la aversión a lo público, la celebración del individualismo competitivo, el discurso de la eficiencia, la exaltación de la productividad, etc. Pero triunfó quizá sobre todo en ese plano de lo que cabría llamar la construcción de las subjetividades en su versión *lifestyle*. El discurso dominante se impuso también en el plano de los imaginarios del yo, proponiendo una variada paleta de «ideales» con la que casi cada año nos asaltan los medios de comunicación desde hace dos décadas: yuppies, JASP, metrosexuales, boho-chics, indies, fofisanos, hipsters, yuccies, etc.

Frente a ello el discurso de la izquierda, demasiado fiel a la literalidad en su interpretación de las palabras de Marx en el Prólogo a la *Contribución a la Crítica de la Economía Política* («No es la conciencia del hombre la que determina su ser sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia»), desatendió esta lucha por la construcción de subjetividades como una excrecencia marginal que no tocaba el hueso duro de la pelea por la transformación social. De un modo más bien extemporáneo, los ejes básicos de esa

batalla la izquierda identitaria los veía anclados aún en los imaginarios de una lucha obrera en un mundo en que, sin embargo, ya no había proletarios (o no estaban, al menos, dispuestos a autointerpretarse bajo esa categoría). El infantilismo de los *millennials*, esa generación que prefiere según confiesa «no tener empleo a estar en un trabajo que odien», habría puesto de los nervios por su ingenuidad a sus abuelos de la España del desarrollismo. Pero con independencia de su *wishful thinking* y de su inconsciente apoliticismo –todo sea dicho: fruto de haber crecido en un horizonte de abundancia aparentemente ilimitada–, lo cierto es que resultaba hartamente evidente que entre esa generación de *millennials* no había hallar mimbres desde los que reconstruir algo ni remotamente parecido a una lucha de clases. Esa era la batalla perdida de la izquierda y sus obsesiones identitarias. Y era necesario tomar conciencia de ello.

Pero que esa lucha ideológica en el terreno de la conciencia y por la construcción de unos u otros «ideales del yo» era cualquier cosa menos irrelevante, lo prueba mejor que nada el ingente esfuerzo que el sistema ha de dedicar a diario para configurar el mejor producto que sale de la fábrica capitalista: los propios sujetos. Hoy es ya una obviedad que la publicidad en el capitalismo postindustrial disciplina la conciencia del consumidor con la misma precisión que el taylorismo disciplinaba el cuerpo del obrero de la época fabril. Y para ello, en la economía más potente del mundo, uno de cada cinco dólares se destina a traba-

jar en la creación de esos universos de seducción que alimentan la máquina social que determina qué y cómo desear: la publicidad. Claro que es el «ser social» el que determina la conciencia. Pero lo que el capitalismo comprendió de Marx mejor que muchos marxistas es que ese ser social es el producto de un lento proceso de construcción ideológica y no de meros automatismos económicos. La mano que mece la cuna es la mano que gobierna el mundo. En ese contexto, ¿a alguien le puede extrañar que los currículos de la enseñanza básica saquen la enseñanza de la filosofía para incluir una «Iniciación a la Actividad Emprendedora y Empresarial»?

#### IV

Así pues, la batalla por el poder político es crucial. Pero tan crucial como esa batalla es la que se ha de dar por proponer nuevos imaginarios individuales y sociales compartidos, lo cual puede explicar la importancia que Podemos concede a una intervención decidida en el terreno de la cultura (y muy especialmente de la cultura popular). El libro de Germán Cano tiene el mérito de poner el foco sobre un territorio que la lucha de la izquierda había abandonado, presa del miedo a recaer en un idealismo subjetivista del que luego, como el pobre Lukács, tuviera que disculparse de modo humillante. Todo el libro, pero especialmente el primer capítulo dedicado a construir una apología a favor de una «subjetividad plebeya», es la propuesta del autor para recuperar la iniciativa en ese terreno

de la construcción de una conciencia colectiva alternativa a los modelos de subjetivación neoliberales. Y es en ese contexto en el que la experiencia del 15M sirve al autor de banco de pruebas, de test empírico para verificar el alcance de su hipótesis.

En lo que a mi juicio consiste el valor de la propuesta de Germán Cano es en haber localizado un nuevo territorio en la disputa por alumbrar formas de subjetivación no engranadas con la dinámica social dominante. Parafraseando al Foucault de «Introducción a la vida no fascista», se trataría de preguntar: «¿Cómo eliminar el neoliberalismo de nuestros discursos y de nuestros actos, de nuestros corazones y de nuestros placeres? ¿Cómo desalojar el neoliberalismo que se ha incrustado en nuestro comportamiento?». Se trata, pues, de proponer y alimentar proyectos de vida, programas vitales e imaginarios del yo resistentes a un sistema que necesita de un disciplinamiento férreo de cuerpos y consciencias.

Ahora bien, si el de una «subjetividad plebeya» es el imaginario más eficaz para un proyecto que alienta una propuesta que no es meramente privada sino que quiere dar el salto a lo institucional, es una cuestión diferente. Mi impresión es que la capacidad para reconocerse en el «goce plebeyo» está reservado para paladares menos numerosos que los que necesita una apuesta democrática que quiera triunfar en las urnas. Y un indicio de ello es la reacción (entre curiosa e incómoda, en el mejor de los casos; o directamente miserable, en el peor) de amplios sectores sociales allí donde los símbo-

los más superficiales e irrelevantes de esa subjetividad plebeya se han abierto paso en los espacios VIP reservados hasta hace poco a las élites dirigentes como el Parlamento. «Chusma», «canalla», «plebe», han sido los adjetivos con que, una vez más, como ocurriera ya en las plazas, el gesto espasmódico biempensante ha recibido la llegada de otras formas de ser, de desear y de parecer.

Esta reacción, por supuesto, puede juzgarse de irrelevante, miope, antidemocrática o de repugnantemente elitista. Pero más allá de eso, arroja dudas sobre la capacidad de seducción que van a ser capaces de obtener entre amplias capas de la población procesos de subjetivación que interpreten la maravillosa y transformadora experiencia de las plazas como el primer analogado de la esfera política. Las plazas fueron, sin duda, un espacio político; pero *uno singularísimo*. Sería un error tomarlas por el espacio de juego político *tout court*. Los que tuvimos ocasión de experimentar, aunque fuera durante un breve lapso de tiempo, lo que sucedió en aquellas plazas del 15M no olvidaremos cuanto tuvo ese acontecimiento de *promesa de felicidad* (ese otro nombre que daba Stendhal a la belleza). Para toda una generación fue la prueba de que, al menos por un instante, otros modos de convivir se mostraban por fin como posibles. Pero es preciso tener bien presente que las plazas fueron una milagrosa *heterotopía*. Y ello literalmente: «una suerte de contestación al mismo tiempo *mítica y real* del espacio en que vivimos», tal como Foucault las caracterizara.

V

Para finalizar, el libro se cierra con otra heterotopía. Una que valdría la pena pensar a fondo en el futuro, pero para la que apenas queda ya espacio. No me resisto, sin embargo, a nombrarla al menos. Me refiero a esa heterotopía que dibuja el Sur como metáfora y que cierra el libro que comentamos. Mi impresión es que si aceptáramos esa apuesta por el Sur, por todo lo que ese Sur significa, hallaríamos un dique de contención a la apisonadora capitalista más eficaz que cualquier otro programa político de resistencia. El Sur es un modo otro –de entrada– de gestionar el tiempo, de manejar los afectos, de relacionarse con los cuerpos, de entender nuestro lugar en la naturaleza y con

el resto de lo vivo, de festejar la amistad como –esa sí– la verdadera riqueza, de reinterpretar la austeridad como un concepto que no *necesariamente* remite a una falta. El Sur es no olvidar nunca eso que Le Corbusier llamaba las alegrías esenciales. Un mundo donde «todo está presente y sonrío, *pobre pero proporcionado*». ¿Estamos verdaderamente dispuestos a esa suerte de franciscanismo secularizado? Mi sospecha es que no. Y sin embargo barrunto que ese Sur que el autor nos propone retomando un admirable texto de Vázquez Montalbán sería, más incluso que la revolución de la que hablaba Benjamin, el verdadero freno de emergencia de ese tren desbocado en que se convirtió hace mucho tiempo el capitalismo.

.....  
LUIS ARENAS es profesor de la Universidad de Zaragoza. Es autor y traductor de más de una veintena de trabajos centrados en torno a problemas de filosofía moderna y contemporánea, entre ellos *Fantasmas de la vida moderna. Ampliaciones y quiebras del sujeto en la ciudad contemporánea* (2011), *Descartes* (2015), *Identidad y subjetividad. Materiales para una historia de la filosofía moderna* (2002). Asimismo es coeditor de diversas monografías colectivas como *El efecto Deleuze* (2016), *El legado filosófico del siglo XX* (2005), *El desafío del relativismo* (1997) y *El retorno del pragmatismo* (1999). Es fundador y miembro del grupo de investigación (Inter)sección de Filosofía y Arquitectura, del que forma parte desde su fundación en 2007. Fue además cofundador y director de la revista de filosofía *Anábasis* y de la colección de filosofía *Mínimo Tránsito* (Antonio Machado Libros).